

ca, ó nunca faltan vallas ó de qué hacellas. Hay pocos indios á las riberas del río, y los pueblos son pequeños, porque se han retirado todos del camino. Después de haber andado algunas jornadas, se allega á un pueblo que solía ser muy grande; llamábase el Pueblo-Llano; y como entraron los españoles en la tierra, se retiraron adentro de unas cordilleras que estaban de aquel lugar poco mas de dos leguas. Los indios son de pequeños cuerpos, y tienen algunas flechas traídas de la otra parte de la montaña de los Andes, porque los naturales de aquellas partes las tienen. Son grandes contratantes; su principal mercadería es sal. Andan desnudos, sus mujeres lo mismo, porque no traen sino unas mantas muy pequeñas, con que se atapan del vientre hasta los muslos. Son ricos de oro, y los ríos llevan harto deste metal. En las demás costumbres parecen á sus comarcas. Desviado deste pueblo está otro que se llama Muga, donde hay muy gran cantidad de sal y muchos mercaderes que la llevan pasada la cordillera, por la cual traen mucha suma de oro y ropa de algodón, y otras cosas de las que ellos han menester. Desta sal, y dónde la sacan y cómo la llevan adelante, se tratará. Pasando deste pueblo, hácia el oriente está el valle de Aburra; para ir á él se pasa la serranía de los Andes muy fácilmente y con poca montaña, y aun sin tardar mas que un día; la cual descubrimos con el capitán Jorge Robledo, y no vimos mas de algunos pueblos pequeños y diferentes de los que habíamos pasado, y no tan ricos. Cuando entramos en este valle de Aburra, fué tanto el aborrescimiento que nos tomaron los naturales dél, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos ó de los maures, de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros, dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas á los infiernos. Hay en este valle de Aburra muchas llanadas; la tierra es muy fértil, y algunos ríos pasan por ella. Adelante se vió un camino antiguo muy grande, y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente, que son muchas y grandes; las cuales sabemos que las hay, mas por fama que por haberlo visto. Mas adelante del Pueblo-Llano se allega á otro que há por nombre Cenufara; es rico, y adonde se cree que hay grandes sepulturas ricas. Los indios son de buenos cuerpos, andan desnudos como los que habemos pasado, y conforman con ellos en el traje y en lo demás. Adelante está otro pueblo que se llama el Pueblo-Blanco, y dejamos para ir á la villa de Arma el río grande á la diestra mano.

Otros ríos muchos hay en este camino, que por ser tantos y no tener nombres no los pongo. Cabe Cenufara queda un río de montaña y de muy gran pedrería, por el cual se camina casi una jornada; á la siniestra mano está una grande y muy poblada provincia, de la cual luego escribiré. Estas regiones y poblaciones estuvieron primero puestas debajo de la ciudad de Cartago y en sus límites, y señalado por sus términos hasta el río grande por el capitán Jorge Robledo, que la pobló; mas, como los indios sean tan indómitos y enemigos de servir ni ir á la ciudad de Cartago, mandó el adelantado Belalcázar, gobernador de su majestad, que se dividiesen los indios, quedando todos estos pueblos fuera de los límites de Cartago, y que se fundase en ella una villa

de españoles, la cual se pobló, y fué el fundador Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo su gobernador desta provincia el adelantado don Sebastian de Belalcázar, año de 1542. Estuvo primero poblada á la entrada de la provincia de Arma, en una sierra; y fué tan cruel la guerra que los naturales dieron á los españoles, que por ello, y por haber poca anchura para hacer sus sementeras y estancias, se pasó dos leguas ó poco mas de aquel sitio hácia el río grande, y está veinte y tres leguas de la ciudad de Cartago y doce de la villa de Ancerma y una del río grande, en una llanada que se hace entre dos ríos pequeños, á manera de ladera, cercada de grandes palmares, diferentes de los que de suso he dicho, pero mas provechosos, porque sacan de lo interior de los árboles muy sabrosos palmitos, y la fruta que echan tambien lo es, de la cual, quebrada en unas piedras, sacan leche, y aun hacen nata y manteca singular, que encienden lámparas y arde como aceite. Yo he visto lo que digo, y he hecho en todo la experiencia. El sitio desta villa se tiene por algo enfermo; son las tierras tan fértiles, que no hacen mas de apalear la paja y quemar los cañaverales, y esto hecho, una hanega de maíz que siembran da ciento y mas, y siembran el maíz dos veces en el año; las demás cosas tambien se dan en abundancia. Trigo hasta agora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará ó no. Las minas son ricas en el río grande, que está una legua desta villa, mas que en otras partes, porque si echan negros, no habrá día que no dén cada uno dos ó tres ducados á su amo. El tiempo andando, ella vendrá á ser de las ricas tierras de las Indias. El repartimiento de indios que por mis servicios se me dió fué en los términos desta villa. Bien quisiera que hubiera en qué extendiera la pluma algun tanto, pues tenia para ello razón tan justa; mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros, los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena, están sin indios, y los tienen los que los han habido por dineros ó por haber seguido á los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal.

## CAPITULO XVIII.

De la provincia de Arma y de sus costumbres, y de otras cosas notables que en ella hay.

Esta provincia de Arma, de donde la villa tomó nombre, es muy grande y muy poblada y la mas rica de todas sus comarcas; tiene mas de veinte mil indios de guerra, ó los tenia cuando yo escribí esto, que fué la primera vez que entramos cristianos españoles en ella, sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas, hechas de grandes varas y vigas, que empiezan desde abajo y suben arriba, hasta que, hecho en lo alto de la casa un pequeño arco redondo, fenese el enmaderamiento; la cobertura es de paja. Dentro destas casas hay muchos apartados entoldados con esteras, tienen muchos moradores; la provincia tendrá en longitud diez leguas, y de latitud seis ó siete, y en círculo diez y ocho leguas poco menos, de grandes y ásperas sierras sin montaña, todas de campaña. Los mas valles y laderas parecen huertas, segun están pobladas y llenas de arboledas

de frutales de todas maneras, de las que suelen haber en aquestas partes, y de otra muy gustosa llamada Pitahaya de color morada; tiene esta fruta tal propiedad, que en comiendo della, aunque no sea sino una, queriendo orinar, se echa la orina de color de sangre. En los montes tambien se halla otra fruta, que la tengo por muy singular, que llaman uvillas pequeñas, y tienen un olor muy suave. De las sierras nacen algunos ríos, y uno dellos, que nombramos el río de Arma, es de invierno trabajoso de pasar; los demás no son grandes; y ciertamente, segun la disposición dellos, yo creo que por tiempo se ha de sacar destos ríos oro, como en Vizcaya hierro. Los que esto leyeren, y hubieren visto la tierra como yo, no les parecerá cosa fabulosa. Sus labranzas tienen los indios por las riberas destos ríos; y todos ellos unos con otros se dieron siempre guerra cruel, y difieren en las lenguas en muchas partes; tanto, que casi en cada barrio y loma hay lengua diferente. Eran y son riquísimos de oro á maravilla, y si fueran los naturales desta provincia de Arma del jaez de los del Perú, y tan domésticos, yo prometo que con sus minas ellos rentaran cada año mas de quinientos mil pesos de oro; tienen ó tenían deste metal muchas y grandes joyas, y es tan fino, que el de menos ley tiene diez y nueve quilates. Cuando ellos iban á la guerra llevaban coronas, y unas pateñas en los pechos, y muy lindas plumas y brazales, y otras muchas joyas. Cuando los descubrimos la primera vez que entramos en esta provincia con el capitán Jorge Robledo, me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los pies á la cabeza, y se le quedó hasta hoy la parte donde los vimos, por nombre la loma de los Armados; en lanzas largas solian llevar banderas de gran valor. Las casas tienen en lo llano y plazas que hacen las lomas, que son los fenecimientos de las sierras, las cuales son muy ásperas y fragosas. Tienen grandes fortalezas de las cañas gordas que he dicho, arrancadas con sus raíces y cepas, las cuales tornan á plantar en hileras de veinte en veinte por su órden y compás, como calles; en mitad desta fuerza tienen, ó tenían cuando yo los vi, un tablado alto y bien labrado de las mismas cañas, con su escalera, para hacer sus sacrificios.

## CAPITULO XIX.

De los ritos y sacrificios que estos indios tienen, y cuán grandes carniceros son de comer carne humana.

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estolicas; son muy grandes voceadores; cuando van á la guerra llevan muchas vocinas y atambores y flautas y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio, enemigo de natura humana, por los pecados de aquesta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios; porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cabuya, á manera de crizneja (la cual nos aprovechó para hacer alpargates), tan largas, que tenían á mas de cuarenta brazas cada una de aquestas sogas; de lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra

por los hombros y dejábanlos colgados, y á algunos dellos les sacaban los corazones y los ofrecían á sus dioses, al demonio, á honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comían los cuerpos de los que así mataban. Casa de adoracion no se ha visto ninguna, mas de que en las casas ó aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado; en Paucora vi yo uno destos oratorios, como adelante diré; en lo secreto dellos estaba un retrete, y en él había muchos encensarios de barro; en los cuales, en lugar de encienso, quemaban ciertas yerbas menudas; yo las vi en la tierra de un señor desta provincia, llamado Yayo, y eran tan menudas, que casi no salían de la tierra; unas tenían una flor muy negra y otras la tenían blanca; en el olor parecían á verbena; y estas, con otras resinas, quemaban delante de sus ídolos; y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio y los ojos muy resplandecientes, y á los sacerdotes ó ministros suyos daba la respuesta de lo que preguntaban y de lo que querían saber. Hasta agora en ninguna destas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carniceros, que muchos han comido á los señores que sobre ellos tenían encomienda; aunque cuando van á los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas y se alleguen á nuestra religion, recibiendo agua de bautismo; y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias desta gobernacion se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo y escupen de sus dichos y maldades. La gente desta provincia de Arma son de medianos cuerpos, todos morenos; tanto, que en la color todos los indios y indias destas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tienen número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parece que todos son hijos de una madre y de un padre; las mujeres destos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas; andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante dellas unos maures tan anchos como un palmo y tan largos como palmo y medio; con esto se atapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no ternán los hombres deseo de ver las piernas á las mujeres, pues que hora haga frio ó sientan calor, nunca las atapan; algunas de las mujeres andan tresquiladas, y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen es maíz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, algunas guayabas y paltas y palmas de los pixivaes. Los señores se casan con las mujeres que mas les agradan; la una destas se tiene por la mas principal; y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros, sin órden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgines; los señores pueden tener muchas, los demás á una y á dos y á tres, como tiene la posibilidad; en muriéndose los señores ó principales, los entierran dentro en sus casas ó en lo alto de los cerros, con las cerimonias y llores que acostumbran, los que de suso he dicho; los hijos heredan á los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana, y no del hermano. Adelante diré la causa por que en la mayor parte des-

tas provincias heredan los sobrinos hijos de la hermana, y no del hermano, segun yo oí á muchos naturales dellas, que es causa que los señoríos ó cacicazgos se hereden por la parte femenina, y no por la masculina. Son tan amigos de comer carne humana estos indios, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querian parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeter á ellas, y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal ó de caña, y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre, y con las inmundicias comérsela con tanta priesa, que era cosa de espanto. Por los cuales pecados, y otros que estos indios cometen, ha permitido la divina Providencia que, estando tan desviados de nuestra region de España, que casi parece imposible que se pueda andar de una parte á otra, hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del Océano y llegado á sus tierras, adonde solamente diez ó quince cristianos que se hallan juntos acometen á mil, á diez mil dellos, y los vencen y sujetan; lo cual tambien creo no venir por nuestros merecimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarnos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia, á lo que yo alcancé, ni entienden mas de lo que permite Dios que el demonio les diga. El mando que tienen los caciques ó señores sobre ellos no es mas de que les hacen sus casas y les labran sus campos; sin lo cual, les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los rios oro, con que contratan en las comarcas; y ellos se nombran capitanes en las guerras, y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia; no tienen vergüenza de nada ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Adelante desta provincia, á la parte de oriente, está la montaña de suso dicha, que se llama de los Andes, llena de grandes sierras; pasada esta, dicen los indios que está un hermoso valle con un rio que pasa por él, adonde (segun dicen estos naturales de Arma) hay gran riqueza y muchos indios. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun portodas las mas de las Indias; y en pariendo, luego se van á lavar ellas mismas al rio, haciendo lo mismo á las criaturas, y hora ni momento no se guardan del aire ni sereno, ni les hace mal; y veo que muestran tener menos dolor cincuenta destas mujeres que quieren parir, que una sola de nuestra nacion. No sé si va en el regalo de las unas ó en ser bestiales las otras.

## CAPITULO XX.

De la provincia de Paucura, y de su manera y costumbres.

Pasada la gran provincia de Arma, está luego otra, á quien dicen de Paucura, que tenia cinco ó seis mil indios cuando la primera vez en ella entramos con el capitán Jorge Robledo. Difiere en la lengua á la pasada; las costumbres todas son unas, salvo que estos son mejor gente y más dispuestos, y las mujeres traen unas mantas pequeñas con que se cubren cierta parte del cuerpo, y ellos hacen lo mismo. Es muy fértil esta provincia para sembrar maíz y otras cosas; no son tan ricos de

oro como los que quedan atrás, ni tienen tan grandes casas, ni es tan fragosa de sierras; un rio corre por ella, sin otros muchos arroyos. Junto á la puerta del principal señor, que habia por nombre Pimana, estaba un ídolo de madera tan grande como un hombre, de buen cuerpo, tenia el rostro hacia al nacimiento del sol y los brazos abiertos; cada mártes sacrificaban dos indios al demonio en esta provincia de Paucura, y lo mismo en la de Arma, segun nos dijeron los indios, aunque estos que sacrificaban, si lo hacian, tampoco alcanzo si serian de los mismos naturales ó de los que prendian en la guerra. Dentro de las casas de los señores tienen de las cañas gordas que de suso he dicho, las cuales, después de secas, en extremo son recias, y hacen un cercado como jaula, ancha y corta y no muy alta, tan reciamente atadas, que por ninguna manera los que meten dentro se pueden salir; cuando van á la guerra, los que prenden pónenlos allí y mándanles dar muy bien de comer, y de que están gordos, sácanlos á sus plazas, que están junto á las casas, y en los dias que hacen fiesta los matan con gran crueldad y los comen; yo vi algunas destas jaulas ó cárceles en la provincia de Arma, y es de notar que cuando quieren matar algunos de aquellos malaventurados para comerlos, los hacen hincar de rodillas en tierra, y abajando la cabeza, le dan junto al colodrillo un golpe, del cual queda atordido y no habla ni se queja, ni dice mal ni bien. Yo he visto lo que digo hartas veces, matar los indios, y no hablar ni pedir misericordia; antes algunos se rien cuando los matan, que es cosa de grande admiracion; y esto mas procede de bestialidad que no de ánimo; las cabezas destos que comen ponen en lo alto de las cañas gordas. Pasada esta provincia, por el mismo camino se allega á una loma alta, la cual, con sus vertientes á una parte y á otra, está poblada de grandes poblaciones ó barrios lo alto della. Cuando entramos la primera vez en ella estaba muy poblada de grandes casas; llámase este pueblo Pozo, y es de la lengua y costumbres que los de Arma.

## CAPITULO XXI.

De los indios de Pozo, y cuán valientes y temidos son de sus comarcas.

En esta provincia de Pozo habia tres señores cuando en ella entramos con el capitán Jorge Robledo, y otros principales; ellos y sus indios eran y son los mas valientes y esforzados de todas las provincias sus vecinas y comarcas. Tienen por una parte el rio grande y por otra la provincia de Carrapa y la de la Picara, de las cuales diré luego; por la otra parte la de Paucura, que ya dije; estos no tienen amistad con ninguna gente de las otras. Su origen y principio fué (á lo que ellos cuentan) de ciertos indios que en los tiempos antiguos salieron de la provincia de Arma, los cuales, pareciéndoles la disposicion de la tierra donde agora están fértil, la poblaron, y dellos proceden los que agora hay. Sus costumbres y lengua es conforme con los de Arma; los señores y principales tienen muy grandes casas, redondas, muy altas; viven en ellas diez ó quince moradores, y en algunas menos, como es la casa. A las puertas dellas hay grandes palizadas y fortalezas hechas de las cañas gordas, y en medio destas fuerzas habia muy grandes

tablados entoldados de esteras, las cañas tan espesas, que ningun español de los de á caballo podia entrar por ellas; desde lo alto del tablado atalayaban todos los caminos, para ver lo que por ellos venia. Pimara, que se llamaba el principal señor deste pueblo cuando entramos en él con Robledo. Tienen los hombres mejor disposicion que los de Arma, y las mujeres por el consiguiente; son de grandes cuerpos, de feos rostros, aunque algunas hay que son hermosas, aunque yo vi pocas que lo fuesen. Dentro de las casas de los señores habia, entrando en ellas, una renglera de ídolos, que tenían cada una quince ó veinte, todos á la hila, tan grandes como un hombre, los rostros hechos de cera, con grandes visajes, de la forma y manera que el demonio se les aparecia; dicen que algunas veces, cuando por ellos era llamado, se entraba en los cuerpos ó talles destos ídolos de palo, y dentro dellos respondia; las cabezas son de calaveras de muertos. Cuando los señores se mueren los entierran dentro en sus casas en grandes sepulturas, metiendo en ellas grandes cántaros de su vino hecho de maíz, y sus armas y su oro; adornándolos de las cosas mas estimadas que tienen, enterrando á muchas mujeres vivas con ellos, segun y de la manera que hacen los demás que he pasado. En la provincia de Arma me acuerdo yo, la segunda vez que por allí pasó el capitán Jorge Robledo, que fuimos por su mandado á sacar en el pueblo del señor Yayo un Antonio Pimentel y yo una sepultura, en la cual hallamos mas de docientas piezas pequeñas de oro, que en aquella tierra llaman chagualitas, que se ponen en las mantas, y otras patenas; y por haber malísimo olor de los muertos, lo dejamos sin acabar de sacar lo que habia. Y si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se secase, no se podria numerar el valor, segun es grande, y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han habido para compararlo con ello. Estando yo en el Cuzco tomando de los principales de allí la relacion de los ingas, oí decir que Paulo Inga y otros principales decian que si todo el tesoro que habia en las provincias y guacas (que son sus templos) y en los enterramientos se juntara, que haria tan poca mella lo que los españoles habian sacado, cuan poca se haria sacando de una gran vasija de agua una gota della; y que haciendo mas clara y patente la comparacion, tomaban una medida grande de maíz, de la cual sacando un puño, decian: «Los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes, que nosotros mismos no sabemos dello.» Así que, grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos; y lo que se ha habido, si los españoles no lo hubieran habido, ciertamente todo ello ó lo mas estuviera ofrecido al diablo y á sus templos y sepulturas, donde enterraban sus difuntos, porque estos indios no lo quieren ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello á la gente de guerra, ni mercan ciudades ni reinos, ni quieren mas que enjaezarse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo, aunque me parece á mí que con todas estas cosas éramos obligados á los amonestar que viniesen á conocimiento de nuestra santa fe católica, sin pretender solamente henchir las bolsas. Estos indios y sus mujeres andan desnudos, como sus comarcas; son grandes labradores; cuando están sembrando ó

cavando la tierra, en la una mano tienen la macana para rozar y en la otra la lanza para pelear. Los señores son aquí mas temidos de sus indios que en otras partes; herédanles en el señorío sus hijos, ó sobrinos si les faltan hijos. La manera que tenían en la guerra es que la provincia de Picara, que está deste pueblo dos leguas, y la de Paucura, que está legua y media, y la de Carrapa, que estará otro tanto, cada una destas provincias tenia mas indios que esta tres veces, y con ser así, con unos y con otros tenían guerra crudelísima, y todos los temian y deseaban su amistad. Salian de sus pueblos mucha copia de gente, dejando en él recaudo bastante para su defensa, llevando muchos instrumentos de bocinas y atambores y flautas, iban contra los enemigos, llevando cordeles recios para atar los que prendiesen dellos; llegando pues adonde combaten con ellos, anda la grita y estruendo muy grande entre unos y otros, y luego vienen á las manos y mátanse y préndense, y quemáanse las casas. En todas sus peleas siempre fueron mas hombres en ánimo y esfuerzo estos indios de Pozo, y así lo confiesan sus vecinos comarcas. Son tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les vi un dia comer mas de cien indios y indias de los que habian muerto y preso en la guerra, ayudando con nosotros, estando conquistando el adelantado don Sebastian de Belalcázar las provincias de Picara y Paucura, que se habian rebelado, y fué Perequita, que á la sazón era señor en este pueblo de Pozo; y en las entradas que hicimos mataron los indios que he dicho, buscándolos entre las matas, como si fueran conejos; y por las riberas de los rios se juntaban veinte ó treinta indios destos en ala, y debajo de las matas y entre las rocas los sacaban, sin que se les quedase ninguno.

Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro salió una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias; y como la vimos la llamamos; la cual, como nos vió, como si viera al diablo, dando gritos se volvió adonde venian los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos que no quedar en nuestro poder. Y así, uno de los indios que andaban con nosotros confederados en nuestra amistad, sin que lo pudiésemos estorbar, con gran crueldad le dió tan gran golpe en la cabeza que la aturdió, y allegando luego otro, con un cuchillo de pedernal la degolló. Y la india cuando se fué para ellos no hizo mas de hincar la rodilla en tierra y aguardar la muerte, como se la dieron, y luego se bebieron la sangre y se comieron crudo el corazon con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente.

Otros dos indios vi que mataban destos de Paucura, los cuales se reian muy de gana, como si no hubieran ellos de ser los que habian de morir; de manera que estos indios y todos sus vecinos tienen este uso de comer carne humana, y antes que nosotros entrásemos en sus tierras ni las ganásemos lo usaban. Son muy ricos de oro estos indios de Pozo, y junto á su pueblo hay grandes minas de oro en las playas del rio grande, que pasa por él.

Aquí en este lugar prendió el adelantado don Sebas-

tian de Belalcázar y su capitan y teniente general Francisco Hernandez Jiron al mariscal don Jorge Robledo y le cortó la cabeza, y tambien hizo otras muertes. Y por no dar lugar que el cuerpo del mariscal fuese llevado á la villa de Arma, lo comieron los indios á él y á los demás que mataron, no embargante que los enteraron; y quemaron una casa encima de los cuerpos, como adelante diré, en la cuarta parte desta historia, donde se tratan las guerras civiles que en este reino del Perú han pasado; y allí lo podrán ver los que saber lo quisieren, sacada á luz.

## CAPITULO XXII.

De la provincia de Picara y de los señores della.

Saliendo de Pozo y caminando á la parte de oriente está situada la provincia de Picara, grande y muy poblada. Los principales señores que habia en ella cuando la descubrimos se nombraban Picara, Chuscuroqua, Sanguitama, Chambiriqua, Ancora, Aupirimi, y otros principales. Su lengua y costumbres es conforme con los de Paucura. Extiéndese esta provincia hácia unas montañas, de las cuales nascen rios de muy linda y dulce agua. Son ricos de oro, á lo que se cree. La disposicion de la tierra es como la que habemos pasado, de grandes sierras, pero la mas poblada; porque todas las sierras y laderas y cañadas y valles están siempre tan labradas, que da gran contento y placer ver tantas sementeras. En todas partes hay muchas arboledas de todas frutas. Tienen pocas casas, porque con la guerra las quemaron. Habia mas de diez ó doce mil indios de guerra cuando la primera vez entramos en esta provincia, y andan los indios della desnudos, porque ellos ni sus mujeres no traen mas de pequeñas mantas ó mures, con que se cubren las partes vergonzosas; en lo demás ni quitan ni ponen á los que quedan atrás, y tienen la costumbre que ellos en el comer y en beber y en se casar. Y por el consiguiente, cuando los señores y principales mueren los meten en sus sepulturas grandes y muy hondas, bien acompañados de mujeres vivas y adornados de las cosas preciadas suyas, conforme á la costumbre general de los mas indios destas partes. A las puertas de las casas de los caciques hay plazas pequeñas, todas cercadas de las cañas gordas, en lo alto de las cuales tienen colgadas las cabezas de los enemigos, que es cosa temerosa de verlas, segun están muchas, y fieras con sus cabellos largos, y las caras pintadas de tal manera, que parecen rostros de demonios. Por lo bajo de las cañas hacen unos agujeros por donde el aire puede respirar cuando algun viento se levanta; hacen gran sonido, parece música de diablos. Tampoco les sabe mal á estos indios la carne humana, como á los de Pozo; porque cuando entramos en él la vez primera con el capitan Jorge Robledo, salieron con nosotros destos naturales de Picara mas de cuatro mil, los cuales se dieron tal maña, que mataron y comieron mas de trecientos indios. Pasada la montaña que está por encima desta provincia al oriente, que es la cordillera de los Andes, afirman que hay una grande provincia y valle que dicen llamarse Arbi, muy poblada y rica. No se ha descubierto ni sabemos mas desta fama. Por los caminos tienen siempre estos indios de Picara grandes

puas ó estacas de palma negra, agudas como de hierro, puestas en hoyos y cubiertas muy sotilmente con paja ó yerba. Cuando los españoles y ellos contienden en guerra ponen tantas, que se anda con gran trabajo por la tierra; y así, muchos se las han hincado por las piernas y piés. Algunos destos indios tienen arcos y flechas; mas no hay en ellas yerba ni se dan maña á tirarlas, por lo cual no hacen con ellas daño. Hondas tienen, con que tiran piedras con mucha fuerza. Los hombres son de mediano cuerpo; las mujeres lo mismo, y algunas bien dispuestas. Partidos desta provincia hácia la ciudad de Cartago, se va á la provincia de Carrapa, que no está muy léjos, y es bien poblada y muy rica.

## CAPITULO XXIII.

De la provincia de Carrapa y de lo que hay que decir della.

La provincia de Carrapa está doce leguas de la ciudad de Cartago, asentada en unas sierras muy ásperas, rasas, sin haber en ellas montaña mas de la cordillera de los Andes, que pasa por encima. Las casas son pequeñas y muy bajas, hechas de cañas, y la cobertura de unos cohollos de otras cañas menudas y delgadas, de las cuales hay muchas en aquellas partes. Las casas ó aposentos de los señores, algunos son bien grandes y otros no. Habia, cuando la primera vez entramos cristianos españoles en esta provincia de Carrapa, cinco principales. Al mayor y mas grande llamaban Irrúa, el cual los años pasados se habia entrado en ella por fuerza, y como hombre poderoso y tirano, la mandaba casi toda. Entre las sierras hay algunos vallecetes y llanos muy poblados y llenos de rios y arroyos y muchas fuentes, el agua no tan delgada ni sabrosa como la de los rios y fuentes que se han pasado. Los hombres son muy crecidos de cuerpo, los rostros largos, y las mujeres lo mismo, y robustas. Son riquísimos de oro, porque tenían grandes piezas del muy finas, y muy lindos vasos, con que bebían el vino que ellos hacen del maíz, tan recio, que bebiendo mucho priva el sentido á los que lo beben. Son tan viciosos en beber, que se bebe un indio de una asentada una arroba y mas, no de un golpe, sino de muchas veces. Y teniendo el vientre lleno deste brebaje, provocan á vómito y lanzan lo que quieren, y muchos tienen con la una mano la vasija con que están bebiendo y con la otra el miembro con que orinan. No son muy grandes comedores, y esto del beber es vicio envejecido en costumbre que generalmente tienen todos los indios que hasta agora se han descubierto en estas Indias. Si los señores mueren sin hijos manda su principal mujer, y aquella muerta, hereda el señorío el sobrino del muerto, con que ha de ser hijo de su hermana, si la tiene, y son de lenguaje por sí. No tienen templo ni casa de adoracion; el demonio habla tambien con algunos destos indios, como con los demás.

Dentro de sus casas entierran, después de muertos, á sus difuntos, en grandes bóvedas que para ello hacen; con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen, como hacen sus comarcanos.

Cuando alguno destos indios se siente enfermo hace grandes sacrificios por su salud, como lo aprendieron de sus pasados, todo dedicado al maldito demonio, el

cual (por quererlo Dios permitir) les hace entender las cosas todas ser en su mano y ser el superior de todo. No porque (como dije) estas gentes ignoren que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque esta dignidad no permite el poderoso Dios que el demonio pueda atribuir á sí lo que le es tan ajeno; mas esto créenlo mal y con grandes abusos; aunque yo alcancé dellos mismos que á tiempos están mal con el demonio, que lo aborrescen, conociendo sus mentiras y falsedades; mas, como por sus pecados los tenga tan sujetos á su voluntad, no dejaban de estar en las prisiones de su engaño, ciegos en su ceguedad, como los gentiles y otras gentes de mas saber y entendimiento que ellos, hasta que la luz de la palabra del sacro Evangelio entre en los corazones dellos; y los cristianos que en estas Indias anduvieren procuren siempre de aprovechar con doctrina á estas gentes, porque haciéndolo de otra manera, no sé cómo les irá cuando los indios y ellos parezcan en el juicio universal ante el acatamiento divino. Los señores principales se casan con sus sobrinas, y algunos con sus hermanas, y tienen muchas mujeres. Los indios que matan tambien los comen, como los demás. Cuando van á la guerra llevan todos muy ricas piezas de oro, y en sus cabezas grandes coronas, y en las muñecas gruesos brazales, todo de oro; llevan delante de sí grandes banderas muy preciadas. Yo vi una que dieron en presente al capitan Jorge Robledo la primera vez que entramos con él en su provincia, que pesó tres mil y tantos pesos, y un vaso de oro tambien le dieron, que valió docientos y noventa, y otras dos cargas deste metal en joyas de muchas maneras. La bandera era una manta larga y angosta puesta en una vara, llena de unas piezas de oro pequeñas, á manera de estrellas, y otras con talle redondo. En esta provincia hay tambien muchos frutales y algunos venados y guadaquinajes y otras cazas, y otros muchos mantenimientos y raíces campestres gustosas para comer. Salidos della, pasamos á la provincia de Quimbaya, donde está asentada la ciudad de Cartago. Hay de la villa de Arma á ella veinte y dos leguas. Entre esta provincia de Carrapa y la de Quimbaya está un valle muy grande despoblado, de donde era señor este tirano que he dicho, llamado Irrúa, que mandaba en Carrapa. Fué muy grande la guerra que sus sucesores y él tuvieron con los naturales de Quimbaya; por los cuales hubieron al fin de dejar su patria, y con las mañas que tuvo se entró en esta provincia de Carrapa. Hay fama que tiene grandes sepulturas de señores que están enterrados en él.

## CAPITULO XXIV.

De la provincia de Quimbaya y de las costumbres de los señores della, y de la fundacion de la ciudad de Cartago, y quién fué el fundador.

La provincia de Quimbaya terná quince leguas de longitud y diez de latitud desde el rio Grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales; tanto, que no se puede andar por ellos sino es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus rios están llenos destos cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he

visto ni oído adonde haya tanta multitud de cañas como en ella; pero quiso Dios nuestro Señor que sobrasen aquí cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande de los Andes, está siete leguas de los pueblos desta provincia. En lo alto della está un volcan que cuando hace claro echa de sí grande cantidad de humo; y nascen desta sierra muchos rios, que riegan toda la tierra. Los mas principales son: el rio de Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto á la ciudad, y otros que no se podrán contar, segun son muchos; en tiempo de invierno, cuando vienen creciendo, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios á árboles que hay de una parte de los rios á otra. Son todos muy ricos de oro. Estando yo en esta ciudad el año pasado de 1547 años, se sacaron en tres meses mas de quince mil pesos, y el que mas cuadrilla tenia era tres ó cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos rios se hacen algunos valles, aunque, como he dicho, son de cañaverales; y en ellos hay muchos árboles de frutas de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los pixivales.

Entre estos rios hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los rios, y para por ello dar gracias á Dios nuestro Señor. Adelante haré capítulo por sí destas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros; las mujeres lo mismo, y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto, así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados; tienen muchas mujeres, y son todos los desta provincia amigos y confederados. No comen carne humana sino es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro. De todas las cosas que por los ojos eran vistas tenían ellos hecho joyas de oro, y muy grandes vasos, con que bebían de su vino. Uno vi yo que dió un cacique llamado Tacurumbi al capitan Jorge Robledo, que cabia en él dos azumbres de agua. Otro dió este mismo cacique á Miguel Muñoz, mayor y mas rico. Las armas que tienen son lanzas, dardos y unas estolicas, que arrojan de rodeo con ellas unas tiraderas, que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Juntanse á hacer fiestas en sus solaces después que han bebido; hácese un escuadron de mujeres á una parte y otro á otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que tambien lo hacen y arremeten unos á otros, diciendo con un sonete: «Batatabati, batatabati;» que quiere decir, ea juguemos; y así, con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodela, que llevan cuando van á la guerra á pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos; aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Cuando salían á sus fiestas y placeres en